

W. H. H. H.



MÉROPE,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

DE ALFIERI.

TRADUCCION

DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PERSONAS.

POLIFONTE.		EGISTO.
MÉROPE.		POLIDORO.

Soldados, Pueblo, Sacerdotes, Esclavos.

La escena es en el Palacio Real de Mesena.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MÉROPE.

¿Para qué has de vivir, si no eres madre ya, Mérope, tal vez? ¿Qué me ha servido regar quince años con perenne lloro de este funesto alcázar el recinto, súbdita del infame Polifonte, que mi vasallo fué? ¿Del asesino, que en mi presencia me mató al esposo, y á dos ¡oh vista! de mis tiernos hijos! Última prenda de mi aciago enlace, uno conservo aun; y solo vivo con la esperanza de que reine un día, y el suyo vengue y el agravio mio. Pero sin fruto en la matanza horrenda salvarle el cielo por mi mano quiso; sin fruto fué que á los remotos campos de Elide tras'adado con sigilo, Polidoro leal le custodiára. Ya cumple un año que el seguro asilo incauto abandonó. Partió anhelante á recorrer de Grecia los dominios el triste anciano, que cual padre le ama, y después de seis lunas que han corrido, ni siquiera una nueva me ha llegado ni de él ni del amado fugitivo. ¡Duda cruel! Para mayor tormento

669106

devorar mi amargura me es preciso.
 No hay un Mesenio que conmigo llore.
 Sola en la tumba de Cresfonte gimo.
 Perdona, esposo, si en seguirte tardo:
 por el hijo viví. Si ha perecido...
 ¿Quién llega? ¡Polifonte! Huyamos.

ESCENA II.

POLIFONTE, MÉROPE.

POLIFONTE. Tentel!

No huyas de mí, cuando tratar contigo
 grave asunto pretendo.

MÉROPE. Yo ninguno

de tí quiero escuchar.

POLIFONTE.

¿Nunca vencido
 será del tiempo y la razón, señora,
 de mis ruegos y términos benigno
 tan acerbo rencor? Tu sentimiento,
 que casi de su fin miré vecino,
 ¿por qué, de un año acá, tal fuerza cobra,
 que hasta pone tus días en peligro?
 Mas culpa de tus ódios en la causa,
 mas que yo tuvo mi fatal destino.
 Fué quitar á tu esposo la diadema,
 no quitarle la vida, mi designio:
 mas, ¿cómo del soldado victorioso
 el ímpetu enfrenar? Ciegos los míos
 hasta aquí le acosaron: ¿quién pudiera
 de entre sus manos arrancarle vivo?
 Si competí con él, títulos tuve;
 que de la sangre heráclida nacido,
 mal acatára á un rey que en un sorteo
 sobre mí del acaso alzó el capricho.
 Bien sé que en el dolor de esposa y madre
 mi derecho ha de ser desatendido;
 pere, en verdad, ignoro lo que presta
 pábulo nuevo á tu despecho antiguo.
 ¿No me desvelo en suavizar tu suerte?
 ¿Cuál medio, dime, de enmendar omito
 lo que en lucha marcial erró la espada?

MÉROPE.

¿Debe estarte mi pecho agradecido,
 porque solo el esposo me robaste,
 los hijos, y el estado y señorío?

POLIFONTE.

De tus hijos aun uno te queda.

MÉROPE.

Es falso. ¡Ojalá no! Todo es perdido
 ya para mí, cruel: mis ojos vieron
 atravesado el inocente niño.
 Si en oír de mi lábio te complaces
 el lastimero trance repetido,
 ¿podrás negarme que la horrenda noche
 que armados embistieron tus ministros
 esos salones, cuando todo sangre,
 todo era llamas, amenazas, gritos,
 las prendas de mi vida con mi esposo,
 y la escolta leal de sus amigos
 entregaron á un tiempo los alientos
 al acero traidor? ¿Quién fué el que dijo,
 sino tú solo, con el fin de hacerme

de tu barbárie mísero ludibrio,
que al infante menor salvé la vida
cuando entre tanta muerte confundido
pasto fué de las llamas su cadáver?
¿Sientes acaso, corazon de risco,
no haber cebado tus sañudos ojos
en el yerto cadáver amarillo,
cual viste á sus hermanos, y tu diestra
palpó inhumana sus despojos tibios?

POLIFONTE.

Su suerte, cuando en vida le supongo,
de mis deseos por la fuerza mido.
Terplado apenas el hervor primero
que el gozo de vencer lleva consigo,
la muerte de las tiernas criaturas
cruda impresion en mis entrañas hizo.
Privado yo de sucesion y esposa,
con el tiempo tal vez hubiera sido
su padre, cual su rey. Ya ves tú misma
que no le queda á mi vejez arrimo.
Quien no tiene herederos, triste rabia.
Tú me afirmas la muerte de tu hijo:
la creo; y si volvértelo no puedo,
puedo, sí, la corona y el marido.

¿Qué escucho!... ¿De quién hablas?

MÉROPE.

POLIFONTE.

MÉROPE.

De mí hablo.

¡Oh nuevo ultraje, inesperado, impío!
¡A una huérfana madre ofrecer osas
la mano que á horfandad la ha reducido,
y hasta el tálamo elevas tus miradas
del rey que pereció por tu cuchillo!
Aquél acero presentarme debes:
dámele, no le temo. Mas, ¿qué digo?
Bien sabes tú que tu semblante aciago
es aun para mí mayor suplicio.
Por eso de continuo me persigue,
por eso á hablarme así te has atrevido.

POLIFONTE.

Justo arrebató de afligida madre.
Desfoga todo tu furor conmigo.
Pero ¿ha de ser el sentimiento eterno?
¿Nunca en tí la razon tendrá dominio?
Díme además: ¿no vives? Has pasado
quince años de congoja y de suspiros;
¡pero resistes! Cuanto amabas, dices,
que te fué arrebatado. Y sin motivo
de amor, ni de temor, ni de esperanza,
¿conservas la existencia? No hay arbitrio:
tú conoces que puedes algun día
dar entrada en tu pecho al regocijo;
y yo veo que de él aun desterradas
todas las esperanzas no han salido.

MÉROPE.

POLIFONTE.

¿Yo? ninguna...

Sí, Mérope; sondea
tu corazon; verás que de un tranquilo,
de un grato porvenir tal vez gozarás,
recobrando...

MÉROPE.

POLIFONTE.

MÉROPE.

¿Qué?

El trono.

¿Cómo miré

que nunca fuiste padre, y cual tirano,
solo el trono arrebató tus sentidos!

A todos los imperios preferia
los hijos y el esposo mi cariño;
y el ódio que te tengo...

POLIFONTE.

Mérope, oye.

Compañera elegir de mi destino
debo yo; y aunque en paz Mesenia toda
las leyes obedece que la dicto,
muchos recuerdos de Cresfonte viven;
que el vulgo siempre del señor perdido
apetece el poder: y si mostróse
justo tal vez, afable y compasivo
de su reinado en el discurso breve...

MÉROPE.

Tel fué su corazon; y sin fingirlo,
cual otros hacen.

POLIFONTE.

¿Pues me ves acaso
descender para hablarte al artificio?
¿Fuera á decirte que el amor me abrasa,
seguro de no ser de tí creído?
Mas escucha, que espéro todavía
tan grato hacerme con mi hablar sencillo
como quien causa tus dolores puede.
Mi rigor se acabó con el peligro;
vé aquí mi estado: oscuridad y pena
es el tuyo no mas: de tu partido,
los que lejos de tí no se mantienen,
los conserva el terror enmudecidos.
A sujetarse así por todos lados
pudo forzarme tu furor altivo;
mas con una palabra que proferas,
todo un semblante cobrará distinto.
Cruel ultraje, inútil, y si quieres,
de mi propia política en perjuicio,
brindar á otra mujer me pareciera
con aquella diadema que has ceñido,
y que en tu sien de nuevo colocada,
reparo ofrece á mis errores digno.
Buen capitán en las contiúas guerras
ya mis soldados hasta aquí me han visto,
y por mi brazo de Mesenia el nombre
tiemblan al escuchar sus enemigos;
fáltame solo de monarca bueno
conseguir el dictado que codicio.
Cuando observas que al tiempo me acomodo
en medio de mis triunfos sin desvío,
debes, vencida tú, seguir mi ejemplo.
Vida mas infelice que has tenido,
no la puedes llevar en adelante.
Yo á hacer mi ley tu voluntad me obligo,
si dando en el altar prueba solemne
de que echaste las quejas al olvido,
contribuyes á hacer que los mesenios
sobrelleven mi yugo complacidos.

MÉROPE.

¿Complacidos los buenos ciudadanos
tu yugo soportar? ¿Y lo has creído?
¿Cómo pretendes el amor del pueblo,
si tú eres el oprobio de tí mismo?
¿si el aborrecimiento que te tienen
es tal que sirve á mi dolor de alivio?
Cuando á ser el escarnio me resuelvo
de Mesenia, del orbe y aun el mio,

de esposa entonces te daré la mano.
Si porque miras que hasta aquí respiro,
llevaderos mis males consideras,
bien pronto de tu yerro convencido
te prometo dejar; que muy en breve
mi carrera fatal cumple su giro. (*Vase.*)

ESCENA III.

POLIFONTE.

¡Vano ardid! Eres madre, y algun día
tu secreto por tí será vendido.
Respira el hijo, pues la madre vive:
seguro estey, aunque con ella finjo.
Así tal vez adormecerla logro,
mientras que mas solícito vigilo.
Mas ¿qué sirve velar? si ni un mensaje
siquiera interceptar les he podido,
ni sé qué albergue tiene, si remoto,
ni si próximo está? Fundado juicio
no puedo así formar. Per muchos años
ví en Mérope un dolor mudo y sufrido,
como si allá en el corazon criara
una esperanza, que ganando brios
mayores cada vez, la prometiera
su venganza feroz y mi esterminio.
Así de un año acá mudanza noto.
Ya su llanto, hasta aquí tan reprimido,
mal de su grado en abundancia corre.
¿Si habrá dejado de existir el hijo?
Pero el nombre del padre vive amado,
y si á hacerle olvidar en parte aspiro,
no me queda otro medio que á su esposa
de nuevo alzar al esplendor antiguo.
¡Oh! cuánto cuesta sostener un trono
con artes sanguinarias adquirido.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

POLIFONTE, GUARDIAS.

POLIFONTE. Guardias, al reo permitid la entrada,
y dejadme con él. (*Váanse los Guardias.*)

ESCENA II.

EGISTO, POLIFONTE.

POLIFONTE. Ven, desgraciado,
llega. ¡Mas cómo! ¿en juventud tan tierna
sangre has vertido ya?

EGISTO. ¡Destino extraño!
Teñido en sangre á la presencia tuya,
y en inocente sangre, vengo acaso,

- y culpable no soy.
- POLIFONTE.** ¿Cuál es tu patria?
- EGISTO.** Elide.
- POLIFONTE.** ¿El nombre?
- EGISTO.** Egisto.
- POLIFONTE.** ¿Cuál el rango de tus padres?
- EGISTO.** Oscuro, pero libre.
- POLIFONTE.** ¿Y á qué has venido aquí?
- EGISTO.** Solo me traje de ver provincias juvenil deseo.
- POLIFONTE.** Díme pues con verdad, y dime claro cómo llegaste á tan culpable arreo; que solo abrirte á la clemencia paso, cuando ninguna prometerte debes, la ingenuidad pudiera de tu labio.
- EGISTO.** De otro modo esplicarme no supiera que la mentira es propia del esclavo. Del doméstico albergue fugitivo sin el permiso de mi padre anciano, meses hacia ya que caminaba de ciudad en ciudad peregrinando. Dirígame en fin, hoy á Mesena por estrecho camino solitario, que la márgen siguiendo del Pamiso concede á un caminante breve espacio. Mis pasos aguijaba la impaciencia de entrar en la ciudad, que alarde raro de bella y rica al ostentar hacia torres altas, magníficos palacios, cuando hácia mí corriendo, cual en fuga ví un mancebo venir precipitado, que de lejos indica me desvíe con imperiosa y arrogante mano. Apenas la angostísima vereda permite á uno pasar: forma de un lado derrumbadero inmenso el hondo rio; mientras al otro lado retorcidos ramos vedan el muro penetrar que tejen de punzantes espinas erizado. Resentido del modo prepotente, yo que libre nacido, solo guardo respetos á la ley y á los mayores, sigo sin responder y me adelanto. Retírate, con voz aterradora me grita, si no quieres... Me arrebató de indignacion entonces, y replico: Tú te has de retirar. Nos acercamos: desenvaina un puñal y á herirme corre; yo, sin armas, le espero denodado: llega, cierro con él, y el golpe evito; póstrole en menos que en decirlo tardo; con las rodillas clavole á la tierra; con los puños sujeto el brazo armado. Ya que el mas débil en la lid se mira y en vano sus esfuerzos prodigados, pérfido implora mi piedad: le creo; déjole libre; y el infame en pago lánzame un golpe, que cual verlo puedes, resbaló, mis vestidos desgarrando.

Ligero fué el dolor, suma la ira.
De la diestra frenético le arranco
el acero traidor, y n sagree envuelto
cayó con su puñal atravesado.

POLIFONTE.
EGISTO.

No eres cobarde, si verdad me dices.
No bien el golpe se me huyó del brazo,
me arrepentí, temí, perdí mi aliento,
como nunca á la sangre acostumbrado.
No sabia qué hacer: lancé el cuchillo
primero al rio, y destruir pensando
toda señal, el mísero cadáver
hundí luego en las olas sin reparo.
Mira si diestro en el delito estaba,
que así como me ves ensangrentado,
corrí atónito al puente, donde ajeno
de pensar en huir de tus soldados,
preso fui, y á tu vista conducido.
Telo juro, señor, nada he callado.

POLIFONTE.

Tu narracion parece semejante
no poco á la verdad. Dispuesto me hallo
en tu favor; mas la justicia exige
que seas, cual mereces, castigado.
Solo á desgracia atribuirte quiero,
no á prevencion de criminal ya cauto,
el haber en los hondos remolinos
de la corriente rápida anegado
tu víctima que acaso respiraba,
la culpa mas y mas así agravando.
Júzgalo tú; porque de ser cual dices,
algun infame malhechor de tantos
rebeldes hijos de civil contienda,
que de aquel sitio acuden al amparo,
talvez de su enemigo el nombre solo
bastante fuera para hacerte salvo.

EGISTO.

¡Ay triste! Si morir es mi destino
víctima de un error involuntario,
¿qué he de decirte, oh rey? Dócil me ofrezco
á la pena que fuere de tu agrado.
Siento sufrirla; pero mas sintiera
merecer su rigor. Por abogados
no tengo mas que mi inocencia sola.
Ni me distingue nacimiento claro,
ni oro tengo: aparezco delincuente,
y lo soy por haber abandonado
mis tristes padres en edad anciana;
por sumergirlos en mortal quebranto,
y acaso haber con mi rebelde fuga
de sus dias el número acertado.
¡Ay! ¿qué dirá mi padre, si respira,
mi buen padre, que todo su conato
puso en dejarme por herencia al menos
la virtud y el honor en él cifrados,
al saber que suplicio de homicida
sufrí en Mesena? ¡Pensamiento amargo!
No pudiera con todos sus horrores
la muerte misma atormentarme tanto.

POLIFONTE.

Sabes que por la sangre que vertiste,
debes la tuya dar en desagravio;
pero contigo á proceder clemente
me obliga tu decir sencillo y franco.

Suspendo la sentència por ahora,
mientras de tí recibo y tu contrario
luces é indicios.

ESCENA III.

MÉROPE, POLIFONTE, EGISTO.

- POLIFONTE. ¡Mérope! ¿Qué es esto?
¿Tú en mi busca? ¿qué causa?...
- MÉROPE. Lo que acabo
de oír me guía. ¿Es cierto que hace poco
fué muerto un infeliz, y sepultado
en las olas después?
- POLIFONTE. Cierto es sin duda.
Vé aquí su matador.
- MÉROPE. ¡Qué estoy mirando! (*Aparte.*)
¡Es él! (*Aparte.*) ¡Qué rara semejanza noto!
- POLIFONTE. Por el sosiego público me afano;
y al ver, al escuchar al que le turba,
casi por inocente le declaro.
- MÉROPE. Escierto; la nobleza de su frente
parece muy ajena de un malvado.
Mas ¡ay! sangre gotea todavía!
- EGISTO. Señora, aunque esta sangre habla en mi daño,
si práctico en verterla hubiera sido,
diligente en borrarla hubiera andado,
y en eternas tinieblas quedaria
confundido mi error. Harto lo pago
con mi remordimiento. Pero en suma,
¿lo pude yo evitar? Desamparado,
desconocido, inerme, hasta la daga
que hubo por fuerza de empuñar mi mano,
halléla en la del jóven altanero.
No nací para tales atentados,
créelo.
- MÉROPE. ¿Y era el que mataste un jóven?
- EGISTO. De mi edad.
- MÉROPE. ¡Qué es lo que oigo! (*Aparte*)
- POLIFONTE. Era, si damos
fé á este, un malhechor. Veloz huía
por camino de pocos frecuentado.
- EGISTO. Y al principio, me acuerdo recababa
la mitad del semblante con el manto.
- MÉROPE. ¿Se rebozaba? huía? Pero dime:
¿no sabes tú quién era?
- EGISTO. No he pisado
este suelo hasta hoy; y ó! parecióme
(porque presente sin cesar le traigo)
extranjero tambien. Lo era sin duda,
si lo infiero del traje, mas usado
en Elide que aquí.
- MÉROPE. ¡De Elide! ¡Cielos! (*Aparte.*)
- EGISTO. Sí, como yo vestía, que en los campos
de Elide ví la luz.
- MÉROPE. ¿Tú?
- POLIFONTE. ¿De qué nace
tal inquietud, y que te mueva tanto?..
- MÉROPE. ¿Qué hablas? ¿Inquieta yo?
- POLIFONTE. Me lo parece.

Pero en fin, que dé muerte a un vil extraño otro desconocido....

MÉROPE.

¿Y quién sería?

Mas no, no creas que me da cuidado este lance.

POLIFONTE.

Ni oyera yo á tal reo, si obligacion no fuese de mi cargo; y admiracion me causas no pequeña tú, que libre de afecto en este caso, nada debes en él interesarte.

¿Qué te importa?...

MÉROPE.

El deseo lo ha causado...

de oír... tan solo. Y si verdad te digo, mas me parece ardid que puro acaso de todos esconder á las miradas el cadáver así, y á tí tan blando ver con el matador, y á él tan sereno. Tal vez...

EGISTO.

Por el temor estimulado, sin pensar en ardid, en las olas el cuerpo sumergi; si no me abato, serenidad me presta mi conciencia... Más que piensas me hallaba atribulado, primero que te viese por el muerto afligida, solícita y temblando.

MÉROPE.

¿Yo temblar? ¿yo solícita? Te engañas. Mas del ajeno mal los desgraciados pronto sienten piedad.

EGISTO.

Tenla conmigo, que soy mas infeliz que mi adversario, y lo merezco menos. El aleve quiso matarme sin razon. ¿Qué gano con haberle vencido, si me veo próximo á perecer en un cadalso? Y aunque viva por fin, ¿qué pena iguala con el rubor de corazon honrado?

MÉROPE.

Noble alma encierras en esfera oscura. Casi obliga el oírte... y á indicarnos sel muerto el nombre ó la persona...

POLIFONTE.

Puesto

que hoy por primera vez muestras conato de oír á un criminal, y sin motivo te sirve mi presencia de embarazo...

MÉROPE.

¿Embarazo? ¿Qué dices! Ya le dejo contigo...

POLIFONTE.

No. Por si descubres algo, yo te dejo con él. Quien se propone, quien está, como sabes, deseando dueña y árbitra hacerte de su vida, mejor te fiará tan leve fallo. Decide de la suerte de ese jóven, que pongo en tu poder, y el aceptarlo sirva para mostrar que no rehusas todo don que proceda de mi mano.

MÉROPE.

¿Y qué?...

POLIFONTE.

Yo te lo ruego, y quiera el cielo dé principio esta accion á tu reinado. (*Vase.*)

- EGISTO. Así me pareció.
 MÉROPE. ¿Y él se escondía?
 EGISTO. Sí.
 MÉROPE. El ánimo...
 EGISTO. Soberbio y arrojado.
 MÉROPE. Su traje...
 EGISTO. Pobre.
 MÉROPE. Fugitivo...
 EGISTO. Ansioso,
 cual si otros le viniesen acosando,
 con recelo hácia mí se encaminaba.
 MÉROPE. ¿Y tú, bárbaro, y tú muerte le has dado?
 EGISTO. El me la quiso dar.
 MÉROPE. ¿Nada te dijo
 al morir?
 EGISTO. Los momentos que llorando
 sobre él estuve tan escasos fueron,
 mientras luchaba de la muerte en brazos...
 MÉROPE. ¡Ay infeliz!
 EGISTO. Me acuerdo... sí, y hubiera
 la fiereza de un tigre desarmado,
 que con doliente voz entre gemidos
 á su madre llamaba sollozando.
 MÉROPE. ¡A su madre! ¡traidor! ¡Y le mataste!
 ¡y en las aguas le hundiste! ¿Ya, que aguardo?
 EGISTO. ¿Qué hice yo? Si te ofende mi delito
 de modo alguno, pues poderes ámplios
 tienes del rey, dispon de mi cabeza,
 y venga con mi muerte tus agravios.
 Mas, ¿cómo ¡cielos! agraviarte pudo
 quien á Mérope siempre ha venerado?
 sabiendo por mi padre tus desdichas,
 yo tributo con él las dí de llanto,
 y alcé por tí con él votos al cielo,
 el momento de verte deseando,
 y mil veces por tí de incienso puro
 las domésticas aras humearon,
 que limpia entonces derramó mi diestra.
 Castígame, si delinquí en tu daño:
 yo lo pido y lo quiero. Pero ¿cómo
 tocarte puede aquel que desalmado
 rostro á la par y corazón unía?
 Tal vez le hicieron sus siniestros hados
 delincuente sin serlo: mas ¿qué digo?
 Tu piedad le vindica: yo el culpado,
 yo solo soy, y á tu rigor me entrego.
 MÉROPE. A su hablar, á sus lágrimas no basto (Aparte.)
 las mias á negar.—¿Conque tu padre
 te hablaba alguna vez de mis trabajos?
 EGISTO. ¡Oh! cuántas de tu esposo y de tus hijos
 me repitió el feroz asesinato!
 MÉROPE. De mis hijos ¡ay!
 EGISTO. Sí, de tus tres hijos,
 por ese usurpador sacrificados,
 cuya presencia aquí me estremecía.
 Más que en él la piedad, en tí me es grato
 el último rigor.
 MÉROPE. Ya mas no puedo (Aparte.)
 resistir de sus voces el halago.
 No bien el alma á la piedad inclino,

- en duda horrible de furor me abraso,
y lloro al verle, y al oírle lloro,
no bien á la piedad silencio mando.
- EGISTO. ¿Qué lucha es esa que en el pecho tienes,
que entre sí te hace hablar? Si es que te causo
piedad, ¿por qué razon su voz desoyes?
- MÉROPE. ¿Qué haré, desventurada! Ni me es dado
condenarte, oh mancebo, ni absolverte.
Quédate en el alcázar entre tanto,
porque dentro de poco verte quiero;
y los sucesos que por tí han pasado
piensa hasta el mas pequeño, y las acciones
recuerda de tu víctima y los rasgos.
Llama tambien á la memoria todo
lo que á tu padre hubieres escuchado.
Pero ; sabes de cierto que su nombre
no mudára jamás el buen anciano?
- EGISTO. Seguro estoy: con solo el de Céfiso
mis labios balbucientes le llamaron;
y al decirme su fuga de Mesena,
no me hubiera su nombre recatado.
Bien cierto estaba de que, á ser preciso,
perdiera yo la vida por callar.o;
Te declaré su patria: mas ¿qué puedo
tenerte oculto yo?
- MÉROPE. Basta: á dar vado
á mi dolor es fuerza me retire.
Por prision el alcázar te señalo.
No tardaré en volver á interrogarte
punto por punto, con mayor cuidado,
con mayor detencion; y si me engañas...
Pero no es tu semblante de hombre falso. (Váse.)

ESCENA V.

EGISTO.

¿Qué linaje de pena es la que sufre
de mis palabras al impulso vario?
Ya mas que tigre se me muestra airada,
ya á hablarme pasa con mayor alhago
que el de una madre; y compasiva y tierna,
de mirarme no mas derrama llanto.
¿Cómo aquel hombre vil costarle puede
tan agudo dolor? Si tantos años
no hiciera ya que de sus hijos todos
huérfana á la infeliz dejó el tirano,
de uno haberla privado pensaria.
Mas ¿no pudiera ser un emisario,
cuya vuelta esperaba con ahinco,
cuya vida estimase? ¿A qué me canso?
Todo es conjeturar. ¡Cuán verdaderas
de mi buen padre las sentencias hallo!
No envidies á los grandes, me decia;
mas que nosotros son desventurados.
Sobrada verdad es. ¿Podré quejarme,
por mas que sea mi destino iufasto,
cuando miro á una reina abandonada,
presa en su alcázar, sin cesar llorando?
Ya anochece: salir se me prohíbe:

voy pues á penetrar en el palacio,
y esta sangre á limpiar. ¡Oh si pudiera
borrar mi culpa así! Tú, soberano
Jove, cuya justicia nada ignora,
vierte en mí tu rigor si soy culpado.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

POLIDORO.

Con el alba he llegado, y quiso el cielo
no me viesen entrar. ¡Funesto alcázar!
tras quince años de ausencia que te piso,
si lleno de terror te abandonaba
cuando al último vástago inocente
de la real y misera prosapia
mis brazos de la muerte redimieron,
terror mas hondo al regresar me embarga.
No hay duda; el cinto de Cresfonte es este:
bien conozco la hebilla señalada
con la empresa de Alcides. Escondido
catorce años estuvo en mi cabaña,
y cabales se cumplen veinte lunas
que alegre yo se le ceñí por gala.
¡Jóven sin reflexion! tú los avisos
escuchar no quisiste de mis canas:
mira el fruto cual es. ¡Oh malogrados
afanes de mi amor! Ya un año pasa
desde que te perdí: mas de seis lunas
hace que busco de tu pié la estampa,
y en un lago de sangre tus despojos
las riberas me ofrecen de tu patria.
¡Desdichado! ¿qué haré? Guárdeme el cielo
del tirano cruel á las miradas
hasta que ver á Mérope consiga:
después ni temo, ni deseo nada.
Muerto mi amado príncipe Cresfonte,
¿qué me importa el vivir? ¡Si me engañára!
¡Si por dicha tal vez!... ¿Cómo dudarle?
Ya su madre tambien está informada...
Mas si no... ¡Cielos! tan horrible nueva
¿cómo la he de anunciar? ¿cómo ocultarla?...
¿Quién llega? Una mujer... sola... y parece...
Ella es.

ESCENA II.

MÉROPE, POLIDORO.

POLIDORO
MÉROPE.

Amada reina...

¿Quién me llama
con mi perdido nombre todavía?
Buen anciano, ¿quién eres? ¿No se engañan
mis ojos al mirarte? Polidoro,
¿eres tú?

POLIDORO.

El mismo soy.

MÉROPE.

¿Y mi hijo? habla.

¿Me traes vida... ó muerte?

POLIDORO.

Al fin te veo,

al fin llego á besar tu mano sacra.

MÉROPE.

¿Y mi hijo? responde.

POLIDORO.

¡Oh cielos! ¿Puedes

oir aquí sin riesgo mis palabras?

MÉROPE.

Solos estamos: sola cada dia
voy primero que el sol radiante salga,
y allí en la tumba de Cresfonte lloro.

POLIDORO.

¡Oh tumba del mejor de los monarcas!
Muera yo sobre tí.

MÉROPE.

¿Cómo en sacarme
de la angustia que sufro tanto tardas?
¿Cómo tan triste vuelves? ¿No ha podido
rastrear tu cuidado sus pisadas?
Seis lunas há que de Elide partiste;
doce se cumplen que el dolor me mata.
Dí.

POLIDORO.

¡Desdichado! Considera el mio.
¿Nada supiste todavía?

MÉROPE.

Nada.

POLIDORO.

Pero tú...

Media Grecia he registrado,
que el ahinco, el amor y la esperanza
mis pasos sostenian: ví á Cilene,
Pilos, Corinto, Olimpia, Argos, Esparta,
y otras ciudades mil, sin que ninguna
señales de su fnga me mostrára.¿Quién sabe adónde conducirle pudo
su juventud, su condicion bizarra?De ver y de aprender, hijo querido,
tú no pudiste resistir el ánsia.Pimpoilo digno de Hércules el Grande,
pequeña te era mi infeliz morada,
y cada accion en tí, cada discurso
descubría el secreto que ignorabas.

MÉROPE.

¡Qué de afectos á un tiempo me combaten!
¿Dónde estás, hijo? ¿dónde? ¿No me engañas?
¡Digno creía de su sangre!

POLIDORO.

¿Digno?

Jamás indole ví que así hermanara
la nobleza y valor con la modestia
y la sinceridad. Formas gallardas,
robusta fibra, varónil semblante,
pecho humano, ¿qué prenda le faltaba?
El de mi ancianidad era el consuelo,
pendiente de él teniamos el alma,
con no ser hijo nuestro, yo y mi esposa.

¡Si tú visto lo hubieras en mi casa!

Cual si su propio corazon le diese
cabal noticia de su estirpe clara,
con apacible imperio nos regia;
pero siempre en su gusto se mostraba
justo y noble á la par. Cuando me acuerdo,
copioso llanto mis mejillas baña.

MÉROPE.

Tú me le haces verter de gozo y pena.
Dioses! ¿y cuando le verá? ¿Tus altas
prendas he de saber, hijo adorado,

POLIDORO. mientras ignoro dónde estás? ¡Oh! ¡cuánta

era mi pesadumbre reducido
solo á hacerte saber que respiraba
callando lo demás! Pero el fiarse
accion hubiera sido temeraria;
y de su fuga y de mi viaje apenas
osé enviarte la señal pactada.

MÉROPE. Pluguiera al cielo que á mi triste mano
tan funesta señal nunca llegara!
Mi paz murió aquel dia! ¡Paz he dicho!
No sabes ¡ah! la incertidumbre amarga,
el terror, las visiones espantosas
que de tropel y sin cesar me asaltan.
Prófugo de mis párpados el sueño,
si la naturaleza acaso llama,
vencida del cansancio, mis sentidos
un instante á quietud, mas que la larga
vigilia me atormentan las horrendas
imágenes en sueños figuradas.
Ya le veo mendigo, solo, errante,
bajo el influjo de la suerte airada,
de vestiduras míseras cubierto,
sufriendo de los ricos la arrogancia,
y el escarnio y repulsas; ya le miro
próximo á hundirse en las furiosas aguas
de embravecido mar; ya con las manos
de serviles cadenas amarradas;
ya de infames sicarios embestido,
rotas las venas, que el aliento exhala.
Cada momento se me altera el pecho;
cada desconocido en que descarga
la fortuna el azote, me parece
que es mi hijo, y lo creo, y se me para
la sangre de terror; y cuando logro
de un suplicio salir, mayor me aguarda.
¿Lo creyeras? Un jóven á la márgen
muerto del rio ayer en lid privada,
que el matador después lanzó en las olas,
me contuvo, y aun me sobresalta.
Era extranjero...

POLIDORO. ¡Muerto junto al rio!
¡y extranjero!... ¡y ayer! ¡Deidades sacras!

MÉROPE. Tú te estremeces. ¡Qué! tal vez mi duda...
Llorás! tu rostro de dolor desmaya!
casi no puedes sostenerte.

POLIDORO. ¡Ay triste! (*Aparte.*)
¿Qué debo hacer? ¿qué la diré?

MÉROPE. ¿Qué hablas
entre tí? Habla conmigo. ¿En qué discurre?
¿Qué sabes? ¿De tener cuál es la causa?
Oírte quiero; sácame de dudas.

POLIDORO. Aliento y voces para hablar me faltan.

MÉROPE. Me horrorizas! Ni espíritu me queda
ya para preguntar... ¿Qué me acobarda?
Muramos de una vez. Habla: ese jóven...

POLIDORO. Yo nada sé.

MÉROPE. Tu reina te lo manda.

POLIDORO. ¿Conoces este cinto?

MÉROPE. ¡Ensangrentado!

¡Cielos! ¡el ceñidor que el rey usaba!
Tú se le diste al hijo: ya lo entiendo.
Yo desfallezco!

POLIDORO.

Al despuntar el alba,
junto al río le hallé, nadando en sangre.
Tu hijo fué el que murió; la duda es vana.

MÉROPE.

¡Oh desastrado fin! ¿Y yo respiro?
¿Y así guardaste tú prenda tan cara?
¿Por qué fatal error en tí, mi vida,
en tí vine á poner mis esperanzas?
¿No debieras estar siempre á su lado,
y esa tu inútil vida dilatada
dar antes al acero que le hiriera?
¿Me servias así? ¿y así le amabas?
Mas tú lloras ¡oh Dios! y no respondes.
No tienes tú la culpa; es mi desgracia.
¡Perdóname! Soy madre, Polidoro.
¡Ah! no, ya no lo soy!

POLIDORO.

Toda tu saña
merezco, y sabe el cielo que sin culpa...

MÉROPE.

¡Cómo mi corazón me lo anunciaba
la noche horrible que en tus brazos puse,
de pavorida, tan preciosa carga!
Voz interior me repitió tremenda:
¡Ya nunca le veras! Con fuerza tanta
las manitas al cuello me ceñía,
cual si supiera que le separaban
para siempre de mí. ¿Dónde se fueron
los años que he vivido en susto y ansias,
en gemir y esperar, de Polifonte
sufriendo la presencia detestada,
y tanto y tanto afán, para perderlo
todo después al golpe de una daga?
¡Y por mano de un vil! ante mis ojos!...
privado el infeliz de tumba honrada!...
¡Hijo! ¡hijo mío! si tu cuerpo exangüe
á lo menos aquí me presentáran,
si entre llanto y abrazos, á lo menos,
mi último aliento sobre tí lanzára!...

POLIDORO.

¡Y yo! ¡triste de mí! ¡Ver que tres lustros
de paternal cuidado me arrebatan!
¡Venir después á atravesarte el pecho,
sin poderlo excusar!

MÉROPE.

La muerte, nada
mas me queda.

ESCENA III.

POLIFONTE, MÉROPE, POLIDORO.

POLIFONTE.

¿Qué nuevo llanto es este?
¿Qué desusados gritos resonaban?
Tú, ¿quién eres, anciano? ¿qué noticia
traes?

MÉROPE.

Tirano, ven, que estas estancias
hoy el propio clamor de acerbo llanto
vuelven á repetir, con que sonaban
el día atróz, en mi memoria eterno,
que la muerte tus pasos señalaba.
Tú, que de ajeno padecer te nutres,

Con el mio una vez tu pecho sacia.
Ya huérfana por fin me ves del todo.

POLIFONTE. ¡Ah! ¿vivía aquel hijo que negabas?

MÉROPE. Nécio tirano, ¿le creiste muerto,
viviendo yo de tu rigor vasalla?
Vivia, sí; te lo encubrí esperando
que un día apareciese en este alcázar,
terror de la impiedad, rayo del cielo,
vengador de su púrpura usurpada,
vengador de su padre y sus hermanos.
¿Cómo, si así no fuese, tus palabras
pudiera yo escuchar, si al proponerme
esa paz y esas bodas execrandas,
pena sufro mayor, que si con fiera
muerte ó esclavitud me amenazáras?

POLIFONTE. ¿Y así agradeces el querer contigo
mi solio dividir? ¿así me pagas?
¿Y tirano te atreves á decirme
tú mas cruel que yo? Bien me constaba
de tu hijo el vivir; no me engañaste.
A tu justo dolor concedo gracia
por ahora; después... ¿Estás segura
de la nueva? ¿Ese hijo dónde estaba?
¿De dónde vienes tú, que mensajero...
No me es nuevo tu rostro; yo afirmára...

POLIDORO. Conocido te soy; mírame fijo,
que al lado de Cresfonte veces kartas
me solias mirar. Soy Polidoro.
Abandoné á Mesena cuando esclava
al yugo usurpador se sometía.
Reconóceme bien; pues aunque traiga
mas blanco de los años el cabello,
mas encorvado el cuerpo, y estampada
por el dolor la muerte en el semblante,
siempre soy aquel mismo que te odiaba,
y te odia mas que nunca. Yo he salvado
al hijo de mi rey; le dí enseñanza,
y por él mi país dejé nativo,
y los honores, y la dulce pátria,
y mis riquezas renuncié gustoso
por no sufrir dominacion tirana.
¡Ojala con mi príncipe muriera!
Si quieres entregarte á la venganza,
deja á la reina en su quebranto libre,
y con mi vida falleciente acaba;
que al darla por mis reyes, solo siento
no morir hoy en juventud lozana.

POLIFONTE. Te tengo compasion. Cuerdo anduviste,
abrazando la pena voluntaria
de destierro; que un súbdito rebelde
mas severo castigo en mí no hallara.
Ni yo te culpo de salvar al niño:
fué generosa accion, debe alabarla:
te culpo sí de que, con fin dañado,
un enemigo contra mí criaras.
Era tu obligacion aquella noche
que destruyeron á tu rey mis armas,
ó quitarme la vida combatiendo,
ó perecer con él en la demanda.
Mas olvidar pretendo lo pasado.

¿Me has venido á engañar con nuevas falsas?

¿Cuándo, di, dónde, cómo ha perecido?

MÉROPE.

Saber que ha perecido, ¿no te basta?

¿Quisieras verle y con tan fiera vista
de tu vil pecho asegurar el ánsia,
y una madre mirar sobre su hijo
llanto de sangre derramando? Marcha,
¡ácale de las olas, donde quieta,
ya que no digna sepultura alcanza;
arrástrale á Mesena, y muerto ejerce,
pues vivo no pudiste, en él tu rabia.
El que allí murió ayer, era mi hijo!

POLIFONTE.

¡Será posible! Dí: ¿le acompañabas
tú? ¿Cómo?...

POLIDORO.

No lo ví, llegué yo tarde;
que si no, en su defensa me matáran.

POLIFONTE.

¿Cómo lo sabes pues?

POLIDORO.

Su cinto mira:
esta preséa el príncipe llevaba,
y esta, como la ves, en el camino
dentro de un mar de sangre hallé anegada.
Mírala, reconócela, y en ella
sacien tus ojos su crueldad innata.
Desconocido, jóven, extranjero,
de Elide en fin... ¡Así me equivocara!

MÉROPE.

Pronto mi muerte acabará tus dudas.

Mas ¿si será que con aleve traza
tal vez asesinarle dispusieras?

¿Por qué digo tal vez? la prueba es clara.
Tranquilo há poco al matador hablaste.

¿Cuándo aquella piedad que le mostrabas,
si no naciera de cruel deseo,
se hubiese abierto paso en tus entrañas?
Tu ministro era aquel.

POLIFONTE.

¡Que así te ciegues,
Mérope! Yo jamás le ví la cara,
te lo juro. Sí solo y fugitivo
tu hijo á esta ciudad se encaminaba
con engañoso traje disfrazado,
¿cómo yo su venida averiguára?
¿Cómo su matador le conociera?
¿Qué mas? ¿no te sentias inclinada
tú propia en su favor? ¿No te he dejado
que sola á tu placer le preguntaras?
¿No te hice dueña del destino suyo?

MÉROPE.

Pues si de tí su muerte no dimana,
tú en tu poder el asesino tienes;
y solo algun instante la venganza
puede hacerme vivir. Haz que le vea
yo víctima caer sobre las aras
fúnebres de Cresfonte; que allí espire
entre tormentos mil al punto manda;
y entonces...

POLIFONTE.

Quien me libra de un aleve
que matarme á traicion premeditaba,
bien su indulto de mí mereceria;
mas por hacerte ver cuán infundadas
esas sospechas son, de mi enemigo
la muerte he de vengar: te doy palabra
de hacerte en breve expiacion entera.

MÉROPE.

Y la quiero cruel, y sin tardanza,
 inaudita y terrible. De tí nunca
 nada solicitó; primera gracia
 y última esta será. Mas tus ofertas
 no bastan á obtener mi confianza.
 Yo la sangre he de ver del asesino
 hasta la última gota derramada.
 ¿Verla digo? yo misma herirle quiero,
 y mil veces y mil en sus entrañas
 el hierro sepultar. ¡Mónstruo! él oía
 moribundo á mi hijo que llamaba
 entre tiernos gemidos á su madre,
 y oyéndole en las olas le arrojaba,
 semivivo tal vez, tal vez á tiempo
 de poderle arrancar de entre las garras
 de larga muerte aun. ¡Y hace un instante
 que él me lo referia, y le escuchaba,
 y ya casi inocente le creía,
 y mayor piedad casi me inspiraba
 que el muerto el matador! ¡Piedad! Bien pronto
 sabré yo por mi mano desquitarla,
 y venganza tomar jamás oída.
 ¿Cumplirás tu promesa?

POLIFONTE.

Cual te agrada
 satisfecha serás aquí, y en breve.
 ¡Ojalá en esa sangre se deshaga
 el ódio que tu pecho me conserva,
 y que baste á saciar toda tu saña!
 Todo lo voy á disponer: no quiero
 turbar mas tu afliccion; pero á temprarla
 no tardaré en volver. Tú no la dejes;
 tu lealtad en el día no me agravia;
 mas empléala ahora con la madre,
 ya que tuviste para el hijo tanta. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MÉROPE, POLIDORO.

POLIDORO.

Ven á tu habitacion; ven, y permite
 que del tirano la injuriosa y tarda
 compasion aproveche, y que llorando
 á tu hijo infeliz, muera á tus plantas.
 Mas no, primero que vengarle mire.
 Ven, que después de tan cruel batalla
 de cólera y dolor, tu cuerpo débil
 sucumbe al peso de tan grave carga.
 Si reparar tu postracion rehusas,
 ni á gozar llegarás esa venganza,
 que tanto anhelas ver.

MÉROPE.

Solo por ella
 la intolerable vida soportára.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

EGISTO.

Cuando el rey esperar aquí me ordena,
sin duda mi destino está resuelto,
y abroquelado en la inocencia mia,
el mas aciago sin temor espero.
Mas siempre si el vivir se me concede,
serán mis días de amargura llenos;
que sin cesar delante de mis ojos
de mi víctima estoy la imagen viendo.
Si abriga la esperanza lisonjera
mi pecho del perdon, bien sabe el cielo
que por tí solamente, padre amado,
por volverte á abrazar vivir deseo,
la paz que te quité restituirte,
y tus ojos cerrar, que al sueño eterno
ya cercanos se ven. ¡Ingrato hijo!
Quizá su fin apresuraste.

ESCENA II.

POLIDORO, EGISTO.

POLIDORO.

Puesto
que ahora, al parecer, Mérope logra
esperando al tirano algun sosiego,
llegaré mientras tanto á aquella tumba...

EGISTO.

¡Qué voz!

POLIDORO.

Allí mis votos...

EGISTO.

¿Será cierto?

¡Dioses! Aquel anciano...

POLIDORO.

¡Dulce alivio
mis lágrimas serán, allí ccriendo.

EGISTO.

No me engaño; sus canas son; su traje...
su continente... Acércate, buen viejo.

POLIDORO.

Qué acentos escuché?

EGISTO.

¡Padre!

POLIDORO.

¡Qué miro!
¡Tú con vida! ¡tú aquí! ¡Dónde te encuentro!
Ocúltate, infeliz! Mi susto mira,
y tu pérdida en él.

EGISTO.

Deja primero
que te estreche mil veces en mis brazos.
Padre, ¿conque por mí pisas el suelo,
donde en poder tus enemigos viven,

sin dudar esponerte á tanto riesgo
por un hijo que pérfido te deja?

POLIDORO. ¡Qué mal pago el cariño que te debo!

Casi hablar no me dejan los sollozos.
Huye, escóndete al punto! estás espuesto
al peligro mayor. Eres... Mas ¿cómo
dentro te miro del palacio régio?

EGISTO. ¡En qué punto me ves, oh padré mio!

¿Cómo confesaré que prisionero
en el palacio estoy, cual homicida
fallo de muerte infamador temiendo,
sin que de pena el corazon se rompa?
Tal vez obtenga ser de pena exento;
que en el amargo trance en que me hallas,
soy inocente y matador á un tiempo.

POLIDORO. ¿Eres tú, por ventura, el que en la orilla
dió muerto del Pamiso á un extranjero?

EGISTO. Muerte le dí, pero en defensa mia.

POLIDORO. ¡Suerte fatal á mi amoroso anhelo!
Dime... repara si nos oye alguno.

EGISTO. Por cuanto se registra á nadie veo.

Las guardias que defienden la salida,
para oirnos estan sobrado lejos.
Mas ¿qué podrás decir que ya no sepa?
A tus plantas humilde me prosterno;
que ya mas de una vez arrepentido
lloré de corazon el sentimiento
mortal que te causé. ¿Cómo de un padre
pude el lado dejar tan dulce y tierno?

Jamás de tí, si los nativos lares
un dia á saludar contigo vuelvo,
jamás un punto separarme juro.
¿Qué hace mi cara madre? Los lamentos
que mi fuga le arranca, me figuro,
sus ayes oigo, y la acompaño en ellos.

POLIDORO. No así combatas la ternura mia,
que no es este de lágrimas el tiempo.
Yo quisiera...

EGISTO. ¡Ah señor! ¿Y si eres visto
de alguno en este sitio y descubierto?

¿Si llega del tirano á la presencia
que en su alcázar estás, que el ser te debo?

¡A qué peligro tu vivir espuse!
Nada es el mio; por el tuyo tiemblo.

Ven, y conmigo hasta que el sol se oculte
retírate á la estancia en que gimiendo
pasé tan larga noche. Todavía
vislumbre alguna de esperanza tengo.

Poco sañudo contra mí el tirano,
compadecida Mérope, bien puedo
perdon de mi delito prometerme,
quando faltó la voluntad al yerro.

POLIDORO. ¿Tambien la reina... á tí?... Yo debo hablarla.

Males si callo, males si revelo... (*Aparte.*)

Hijo, aunque sea por instantes breves,
escóndete.

EGISTO. Señor, es vano intento.

Si me aparto de aquí seré buscado.

¿Por qué me he de ocultar?

POLIDORO,

Nunca se vieron

mas en peligro tus preciosos dias,
nunca angustia mayor sintió mi pecho.
Jurada tiene Mérope tu muerte,
y aquí con Polifonte y sus guerreros
viene furiosa á derramar tu sangre,
la de su hijo en tí vengar creyendo.

EGISTO. ¡Qué hice, deidades! ¿Le quedaba un hijo?
¡¡Un hijo!! ¡¡y yo se le quité!! Ven luego,
madre desconsolada, y tu ira justa
apaga en este corazon de hierro.
¿De qué muerte cruel, de cual infamia
no soy merecedor?

POLIDORO. Mas... tú no has muerto
á su hijo.

EGISTO. ¿Qué dices?

POLIDORO. No.

EGISTO. ¿Qué importa?

Privada de él, y su asesino fiero
castigar con mi muerte imaginando,
ella será de su dolor consuelo.

POLIDORO. No, no ha perdido el hijo.

EGISTO. ¿Pues quién era
aquel que yo maté? Señor, yo quiero
á todo trance verla, oirla.

POLIBORO. Huye...

EGISTO. Ni es prudente, ni es fácil.

POLIDORO. A lo menos...

EGISTO. Pero no siendo yo...

POLIDORO. Tú eres el hijo

por quien llanto derrama tan acerbo.

EGISTO. ¡Yo! ¿qué dices! ¿Yo soy?... ¿No eres mi padre?

¿Sangre de Alcides en mis venas llevo?

POLIDORO. Calla. Más eres para mí que hijo,
bien que el ser no te dí. Yo del acero
te salvé con la fuga; yo de Egisto
con el nombre criábate encubierto,
sin presumir que te guardaba, ¡ay triste!
casi para destino mas funesto.

EGISTO. ¡Profundo arcano, para mí hasta ahora
de impenetrable oscuridad cubierto!

Yo á la vista de Mérope sentia
no sé qué amor desconocido y nuevo,
al par que Polifonte me inspiraba
terror y repugnancia mas violentos
que jamás me causó ningun tirano.
Todo lo alcanzo ya, todo lo veo.
Ni es tu nombre Cefiso.

POLIDORO. Es Polidoro.

Nombre y estado te encubrí temiendo
tu juvenil franqueza: y ¿quién entonces
pudiera prevenir lo venidero?

Mas la hora pasa y el instante llega,
y si antes á la reina no prevengo...

EGISTO. ¿Será que el cielo que mostró hasta ahora
velar sobre mi vida, que al despierto
furor sañudo del feroz tirano
mi infancia preservó, que armó de aliento,
de vigor y osadía juveniles
tu anciana edad, y entorpecidos miembros?
¿será que á manos de mí madre misma

- me deje perecer? De Alcides nieto,
¿me dejaré aterrar de un vil tirano,
si hay quien ponga en mis manos un acero?
- POLIDORO. Si en tu valor como mancebo, fias,
yo mas prudente, tu peligro veo.
Compasion el astuto Polifonte
para ganar de Mérope el afecto
y el comun ódio aminorar, ahora
linge del hijo que le hubiera muerto,
si antes hubiese en su poder caido;
mas si te vé el cruel á vida vuelto,
su natural ferocidad recobra,
y en tu sangre se ceba sin remedio.
Deja que busque á Mérope, y acaso
todavía podré si á tiempo llego...
- EGISTO. Soldados á nosotros se encaminan.
- POLIDORO. ¡Desdichado de mí! ¡Qué es lo que veo!
A Mérope acompaña Polifonte.
- EGISTO. Y á entrambos sigue numeroso pueblo.
- POLIDORO. ¿Qué haré? No te separes de mi lado,
que en tu defensa perécer prometo.

ESCENA III.

MÉROPE, POLIFONTE, SOLDADOS, PUEBLO, EGISTO, POLIDORO.

- POLIFONTE. En tus manos, oh Mérope, remito
de tu hijo caro el matador sangriento.
Con pesadas cadenas amarradle,
y á una seña no mas, segad su cuello.
- MÉROPE. ¡Bárbaro, malhechor, vil asesino!
¿Conque eres tú quien se bañó sin duelo
en la sangre infeliz del hijo mio
la diestra criminal? ¿De qué provecho
ya me será verter la tuya entera,
si á una gota de aquella es corto precio?
Tú la mas infeliz de las mujeres,
la mas desventurada tú me has hecho
de cuantas madres en el mundo todo
hijos á luz para su daño dieron.
Esas esposas apretad vosotros,
nuevos suplicios preparadle borrendos,
y en bárbara tortura rinda el alma;
que lágrimas de sangre verle quiero
llorar, y no una vez, miles de veces
he de hacerle morir. ¡Ay! y con esto,
¡m sera yo! ¿recobraré mi hijo?
- EGISTO. Mérope, á tu sentencia me someto;
rendido aquí me tienes, que á una madre
tan justamente despechada cedo
de mi libre querer; y aunque los brazos
no me oprimiesen con cadenas estos,
para hacer de mi vida sacrificio,
sobra poder en tí. Justo confieso
que es tu dolor; pero negar no puedes

- que tuve há poco á tu piedad derechos,
y sin culpa tú misma me creiste.
- MÉROPE.** ¿De tí piedad? Mas sus palabras cierto
dominio tienen sobre mí... Nô sirva.
¿Qué piedad? ¿qué palabras? ¿A qué espero?
Ea, arrastradle sobre aquella tumba:
allí aplaque las sombras pereciendo,
del padre, de los hijos, y la mia,
que pronto á unirse volará con ellos.
- POLIFONTE.** Permite que un instante se suspenda
la ejecucion. Soldados y mesenios,
á vosotros llamé para testigos
de este ejemplar solemne de escarmiento.
Vengativa esa madre conservaba
un hijo suyo contra mí en secreto,
cuando yo sí con noble confianza
me hubiera su existencia descubierto,
del mismo modo que piedad ahora,
y no pequeña de su pena siento,
de hijo propio (lo juro por los Dioses)
todo el amor en él hubiera puesto,
Muerto, es vengarle mi deber. He dicho:
dad ahora vosotros cumplimiento
de Mérope á las órdenes: es poco
sola una vida á su dolor inmenso.
- EGISTO.** Otra vida á la sombra de Cresfonte
se debe ya ofrecer.
- MÉROPE.** ¿Qué estás diciendo?
Vamos.
- POLIDORO.** Señora, aguarda, que decirte
quisiera antes... Escúchame te ruego.
- MÉROPE.** ¿Qué hablas en voz sumisa? ¿Ya te pesa
de aquella fé que te debió tu dueño?
de haber sido custodio de su hijo?
¿Sientes piedad del alevoso reo?
¿Me rogarás por él?
- POLIDORO.** No... pero aguarda...
Siendo madre, le debes por estenso
del hijo preguntar.
- POLIFONTE.** ¿Le conocia!
- MÉROPE.** ¿Qué tengo que saber? ¿Cuál es tu intento?
¿Mi colera aplacar? Ese villano
¿no es quien rompió de mi Cresfonte el seno?
¿No lo supe de tí? ¿No lo confiesa?
¿No lo dice tambien, sangre vertiendo,
esta presea que ceñia el triste,
y en mi mano las tuyas me pusieron?
- EGISTO.** Mio ese cinto es, mió, lo juro,
que en la refriega de mi lado suelto...
- POLIDORO.** Otro á aquel semejar se le podía,
y otro que tu hijo ser el jóven muerto.
- MÉROPE.** ¿Qué nueva fraude escucho? Vil tirano,
¿Conque tambien tus artes corrompieron
al vasallo mas fiel? ¿Y cual en triunfo,
quieres librar al matador, fingiendo
que su muerte deseas?
- POLIFONTE.** Tú deliras,
mujer, en tu dolor. ¿Quién hay tan ciego?..
- MÉROPE.** Pues si es verdad que su suplicio quieres,
nada tengo que oír, que ya no acierto

mi rábía á sujetar; y á tal tardanza,
 conmigo misma de furor me lleno.
 ¿A qué pasar de aquí? De mi Cresfonte
 gira en todo el alcázar el espectro.
 Dadme pronto un puñal, que por mi mano
 le he de satisfacer!

EGISTO.

Desnudo el pecho,
 madre, tienes aquí.

POLIDORO.

Detente!

MÉROPE.

Muera!

POLIDORO.

Tente!

POLIFONTE.

¡Atrevido!

MÉROPE.

¡Falso! Mas ¿qué es esto?

¡Lloras, tiembas! ¡Y yo no acierto á herirle!

POLIFONTE.

Habla, anciano, declara ese misterio.

POLIDORO.

Por compasion...

POLIFONTE.

Explicate.

MÉROPE.

Perezca!

POLIDORO.

No, que ese jóven es...

MÉROPE.

¿Quién?

POLIFONTE.

Dilo presto.

POLIDORO.

Es... hijo mio.

MÉROPE.

¿Cómo!

POLIFONTE.

¿Este hijo tuyo?

EGISTO.

Mi padre ha sido.

MÉROPE.

Miente; pero á serlo,

el mio me mató: muera!

POLIDORO.

Detente,

que es es tu hijo!

EGISTO.

¡Madre!

MÉROPE.

¡Justo cielo!

POLIFONTE.

¿Este?

POLIDORO.

Eres madre, sálvalo!

MÉROPE.

¡Mi hijo!

POLIFONTE.

¿Qué traicion es aquesta? Hola, guerreros!

MÉROPE.

Yo de escudo te sirvo, hijo. Aun soy madre:
 fiel me lo está mi corazon diciendo.

POLIFONTE.

Soldados!

MÉROPE.

No hay acero que le toque,
 si antes no me atraviesa.

EGISTO.

¡Que te estrecho

entre mis brazos, madre!

POLIFONTE.

¿Qué imposturas

son las que fraguas, engañoso viejo?

Un asesino vil que no lo niega,

¿puede Cresfonte ser? ¿y he de creerlo?

Guardias, matadle al punto!

MÉROPE.

El vil tú eres;

pero salvo está el hijo, yo viviendo.

POLIDORO.

Cresfonte es este: séanme testigos

todos los dioses del Olimpo escelso.

Suyo es el cinto que el error produjo.

Todos me conoceis: decid, mesenios,

si soy un impostor.

EGISTO.

¿No hay entre tantos

quien reconozca el vástago postrero

de la estirpe Real en mi semblante?

¿No hay un soldado suyo?

POLIFONTE.

Ese perverso

miente: muera!

- MÉROPE. Antes yo: nadie se acerque!
- EGISTO. Soltad los brazos, que me oprime el hierro; una espada me dad; venga una espada, y hacerme pronto conocer prometo.
- MÉROPE. ¡Oh palabras! ¡Oh espíritu de Alcides! ¿Veis su noble espresion? ¿notais su aliento? Tú ya con tu terror le reconoces: tiembla ya, Polifonte! ¡Ah no! Yo tiemblo, y á tus plantas humilde me arrodillo, tu piedad implorando. Guarda el reino del que cederme la mitad querias, ó fingiste querer; guárdale entero, y que tuyo en buen hora siempre sea; y mi horfandad, y el usurpado puesto, todo te lo perdono, si me dejas este bien solo que en la tierra tengo. Pido el hijo, y no mas: dámele.
- POLIDORO. Mira que de enemigos mil estás envuelto, y en la muerte del príncipe peligras. Cuanto afirmo es verdad: muera si miento. Cresfonte espira, y á vengarle vienes con aparato público y estruendo: vive ¿y quieres matarle?
- POLIFONTE. A un asesino, sea quien fuere, castigarle puedo; pero á la vista de Mesena toda la absurda trama confundir prefiero. Ese no es hijo tuyo, no: tú misma le viste perecer en el incendio; y de tu labio la ciudad entera mil veces lo escuchó. Risa y desprecio mueve en todos y en mí ver que se juzgue prueba bastante de tan gran suceso la sospechosa voz de un solo anciano, vil proscrito, vendido á tus proyectos. Mas en tanto que llegan otras pruebas, estas quiero admitir. A ese mancebo las prisiones quitad. Dóítele salvo, pero tu mano en recompensa espero.
- EGISTO. ¡Oh furor! tú, que me mataste el padre, ¿quieres tambien contaminar su lecho? Hazme antes degollar!
- MÉROPE. ¡Ah! no le irrites, que no sabes que horrores revolviendo está su alma cruel. ¡Oh Polifonte!
- POLIFONTE. Adrasto, manda retirarse al pueblo. (*Aparte á él.*) Ya volverá: la guardia acostumbrada quede tan solo aquí. ¿Lo oiste? (*El caudillo de la guardia hace con los suyos retirar al*

ESCENA IV.

MÉROPE, POLIFONTE, EGISTO, POLIDORO, GUARDIAS.

- MÉROPE. ¡Cielos! (*Aparte.*)
- ¿qué dispondrá?
- POLIFONTE. Señora, tú la vida

sola puedes salvarle, mía siendo.
 Si algun rebelde la ciudad abriga,
 seguro y solo en el alcázar reino.
 Créase de tu hijo la existencia;
 si se la quito yo, todo mi riesgo
 no se la volverá. Por breves horas
 te dejo resolver. Antes que Febo
 se oculte de nosotros, ó aquí mismo,
 de los lares domésticos en medio,
 la mano me has dar, ó aquí tus ojos
 verán á Egisto por mi mano muerto.
 Oyeme.

MÉROPE.
 POLIFONTE.

Elige. Adios: urdid mentiras;
 vanas serán: en mi poder os tengo.
 Si huir alguno del palacio intenta,
 regad vosotros con su sangre el suelo. (*Váse.*)

ESCENA V.

MÉROPE, EGISTO, POLIDORO. (*Guardias en el fondo de
 la escena.*)

MÉROPE. ¡Hijo querido! ¡Única prenda! Apenas
 puedo crédito dar á lo que veo.
 ¿Y te quise dar muerte? ¡Ah! bien luchaba
 contra mis propias iras, sin saberlo
 el amor maternal. Mas ¡con qué pactos
 te me dan tan crueles! ¡Qué profiero!
 Ningun pacto es cruel cobrando un hijo.

EGISTO. ¿Por qué de Polifonte á los Aceros
 mi desdichada infancia arrebataron?
 ¡A qué suplicio, oh madre, te reservo!

POLIDORO. Fatal necesidad, reina infelice,
 lo manda así con áspero decreto;
 ni está el golpe de muerte suspendido
 sino entre tanto que el tirano fiero
 del pueblo el ódio acrecentar recele,
 y cauto trate de ganarse tiempo.
 Si la mano de esposa le prometes,
 logras córtar á su furor el vuelo;
 si se la niegas, á la sangre torna,
 y no serás bastante á defendernos.
 Llegó el tiempo, señora, en que es preciso
 del maternal amor echar el resto.
 Bárbaro sacrificio te propongo,
 mas de salvar al hijo este es el medio.

MÉROPE.

¿Qué no haré yo por él?

EGISTO.

¡Oh madre mía!

POLIDORO.

Mil esperanzas se descubren luego.
 No bien sepan los fieles ciudadanos
 que vive de Cresfonte un heredero,
 á librarle del pérfido tirano
 despertará su adormecido celo.
 Y al verle ¿qué no harán? Buscar entonces

- solo falta un caudillo. Yo he de serlo.
- EGISTO. Si, hijo mio. Del nombre acostumbrado
 POLIDORO. todavía contigo á usar me atrevo.
 Tú su jefe serás: al pecho mio favorable presagio infunde aliento, cuando el cielo te libra del tirano en la furia del ímpetu primero. Mas fingir es preciso por ahora. Tú, señora, á tan hórrido himeneo la repugnancia natural encubre: trueca tú en sumisiones y respetos la noble indignacion, hasta que cese ó se adormezca el suspicaz recelo del sanguinario rey, y con sus armas vencamos su poder: fuerza es hacerlo, si el duro lazo quebrantar te importa en que tu madre por tu amor se ha puesto.
- EGISTO. Te juro obedecer... sí; pero solo mientras tenerme puedan indefenso. ¡Ay si encuentro un puñal! A mis agravios, á mi valor entonces solo atiendo.
- POLIDORO. Calla, infeliz! Permíteme, señora, que, autorizado ser de tí fingiendo, sin tardanza al tirano me presente, y le haga de tu mano ofrecimiento. Concédemelo, sí, que de arte suma, y de presteza igual usar debemos. Yo fingiré mejor: de mí te fia. Tiempo le pediré; si no le obtengo, y persiste en querer que hoy se celebren esas bodas impías, mucho espero de la ciudad en breve. Tú, entre tanto olvida tu aversion, y tú el denuedo. Fiel mi cariño al de tu madre iguala, pero tengo además de padre el seso, y la esperiencia de la edad: creedme.
- EGISTO. ¡Padre!
- MÉROPE. A tí, fiel amigo, me encomiendo. Sí, vé pronto, y en tanto con mi hijo yo me retiraré. (Váse Polidoro.)

ESCENA VI.

MÉROPE, EGISTO.

MÉROPE.

Sáciense al menos en ósculos y abrazos mi cariño.

EGISTO.

¡Oh madre, qué placer! ¡mas á qué precio!

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

POLIFONTE, SOLDADOS.

POLIFONTE. Cede Mérope al fin. Adrasto, corre, sepa mis bodas la ciudad enteras, y de este régio pórtico la entrada franca á los mas autorizados sea. A Mérope se avise que la espero, pronto á cumplir su voluntad.

(Vánse los soldados.)

ESCENA II.

POLIFONTE.

¿Ya empiezas,
 fortuna, á convertir en duro ceño
 la faz que siempre me miró risueña?
 ¿Y es cierto que Cresfonte, aquel que pudo
 tantos años burlar mi diligencia,
 cuando esperarlo menos debería,
 delante de mis ojos se presenta?
 Y cuando justa muerte le preparo,
 un extraño conjunto de incidencias,
 y mi imprudente compasion fingida,
 le amenazan á un tiempo y le libertan?
 Mas con el arte que empecé sigamos,
 hasta que el tiempo llegue de la fuerza.
 Murmura la ciudad; por eso debo
 mas seguro mostrarme y sin sospecha.
 Mérope viene á las odiadas bodas
 porque es madre no mas, y porque espera
 mi pérdida después. Verá la suya.
 Poco tambien mi gusto lisonjea
 Enlace tal; pero presteza usando,
 yo haré que todo en mi provecho ceda.
 entre el descuido natural que inspira
 el tálamo nupcial, la comun mesa,
 y el albergue comun, á cada instante
 mil ocasiones hay y mil maneras
 de ejecutar lo que ni ahora puedo,
 ni dejar luego, sin peligro, á medias.

ESCENA III.

MÉROPE *acompañada de sus esclavas*, EGISTO, POLIDORO, GUARDIAS,
PUEBLO, *Sacerdotes con la victima.*

POLIFONTE. Reina, ven, que el primero ser me toca
que tu título antiguo te devuelva.
Ya cediste por fin; sea dichoso
este día á los dos. Cuanto la urgencia
del tiempo concedió, pompa festiva
para el acto salemne fué dispuesta
por mí, cual ves; y á las deidades quise,
al pueblo, sacerdotes y nobleza
por testigos tener de que en nosotros
todo rencor aniquilado queda,
y cada cual en su lugar repuesto,
así hago á toda envejecida ofensa
noble reparacion.

MÉROPE. Pero ¿ha sabido
de tí la multitud que nos rodea,
que yo soy madre aun, y á cuánta costa
me has vendido del hijo la existencia?

POLIFONTE. De otra suerte hace poco en nombre tuyo
ese viejo me habló. ¿Mudaste idea,
y públicos hacer tus pensamientos
quieres en tan augusta concurrencia?
Yo voy también á publicar los míos,
que dar no temo de mis hechos cuenta.
Mesenios, escuchad. Yo supe abrimme
con vencedora espada libre senda
para llegar á un trono que debido
de mi linaje á los derechos era.
Cedió á mi suerte vuestro rey, y sordo
yo, tal vez demasiado, á la clemencia,
la vida de sus hijos inocentes
abandoné al acero de la guerra:
fruto en verdad de la victoria amargo;
pero fruto comun. Tomé las riendas
del mando, y las conservo; mas vosotros
sabeis como cumplí la ley estrecha
de caudillo y de juez, de rey y padre.
Mérope misma, en el estrago ilesa,
vivió en mi alcázar, cual de rey esposa.
si no con libertad, de honores llena,
sabiendo yo que conservaba un hijo,
para que un día su venganza fiera
sacía en mí traidor. Mirad, mesenios
á este por hijo Mérope confiesa:
ahora el modo escuchad con que ese jóven
á presentarse entre nosotros llega.

MÉROPE. Sí, vedle, este de Alcides es el nieto,
que redujo un traidor á tal miseria...

POLIDORO. Hijo, templa el furor.

POLIFONTE. ¡Yo soy sin duda
quien asesino le hace que aparezca!
¡yo quien le manda en inocente sangre

teñir aleve la cobarde diestra!
 Contemplad las hazañas de este nuevo
 ínclito campeón, en cuyas venas
 corre de cierto de Hércules la sangre,
 que á matarme venia sin defensa,
 y antes con otro infame asesinato
 la mano á herir aleccionó inesperta;
 y disfrazado, en asechanza noble
 la hora estaba esperando en que pudiera
 paso abrirse á mi pecho. Así ha venido,
 y el acaso, el engaño ó la cautela,
 tal le descubren hoy. Podia, y puedo
 dar á su crimen la debida pena;
 pero la paz á mantener aspiro,
 y por su vida Mérope me ruega;
 dóisela pues; mas que tambien la mano
 cese ella de negarme, y enmudezcan
 los ódios en nosotros: aun no basta.
 Quiero, si es hijo suyo, que suceda,
 puesto que otros no tengo, en mi corona.
 ¿Puedo hacer mas? Ni tanto ya debiera.
 Y vosotros, que hubisteis del gobierno
 de maduro varon larga esperiencia,
 ¿podreis, mesenios, desear á un jóven
 imberbe por señor, que en la pobreza
 fué criado, de sí desconocido,
 y que ningunas ó infelices pruebas
 supo dar hasta aquí de su persona;
 que de toda arte pública en completa
 ignorancia...

E GISTO. Ignorante de tus artes,
 sí, confieso que soy, mas no de aquellas
 que Alcides empleo, y antes de mucho
 yo lo sabré mostrar.

POLIDORO. Calla: ¿qué intentas?
 ¿De qué sirve irritarlo, cuando miras
 de sus soldados la cohorte inmensa,
 cuando notas que al pueblo congregado
 mudo terror los labios encadena?

POLIFONTE. Vuestro callar de mi bondad sobrada
 la admiracion, mesenios, manifiesta,
 y convencidos del discurso mio,
 juzgais accion que la cordura veda
 mi vida en manos entregar de aquellos
 cuya falsía conocer pudiera.
 Cierto es el riesgo; pero á toda costa
 de mis aciagos triunfos dar quisiera
 satisfaccion cumplida y memorable.
 Ya de tí pende, Mérope, el tenerla.
 Tú ya el consentimiento me ofreciste:
 ¿Desmentirás acaso tus ofertas?

MÉROPE. Ese silencio universal anuncia
 de mi destino la cruel sentencia.
 Sálvese con mi muerte el hijo mio;
 su madre soy; mi obligacion es esta.
 ¡Oh sombra de Cresfonte dolorida,
 cuya justa venganza nunca llega!
 perdóname un ultraje involuntario.
 Madre me hiciste ser, y por la prenda
 última de tu amor, vengo á las bodas

que alumbrarán las infernales teas.
 ¡En qué trance me pones, hijo mio!
 Por fin tu vida de mi afán me premia.
 ¿Y es verdad que he de ser?... sin que haya medio?...
 Vosotros, habitantes de Mesenia,
 fieles vasallos de Cresfonte un día,
 ¿nos vereis sin piedad en tanta pena?
 ¡Mérope! Vamos, pues.

POLIFONTE.

MÉROPE.

¡Ah! no te irrites,

que ya bien poco que decir me resta.
 Escucha tú mis últimos consejos,
 hijo querido. Al vencedor doblega
 la frente desde hoy; que solo puede
 enseñarte á servir tu madre sierva.
 Preven á tu señor en sus deseos;
 ejecútalos mudo; cuanto puedas
 hazte humilde y sumiso, y de tu padre
 jamás el nombre á tu memoria venga;
 que con tales obsequios solo puedes
 templar tal vez su corazón de fiera.
 Tú me verás muy pronto para siempre
 con la losa del túmulo cubierta;
 recoge en tanto mis postreros votos,
 por mas que duros de cumplir te sean.

EGISTO.

¡Triste madre! ¡Oh dolor! ¿Y á tanto precio
 consentiré que mi vivir se adquiera?
 Servidumbre no es vida: tú la goza,
 y dignamente perecer me deja.

POLIFONTE.

Ya, Mérope, me irrita tu tardanza.
 Cuando de mí recibes la diadema,
 perdono al hijo y tú rencor olvido,
 ¿qué dilacion, qué lágrimas son esas?
 ¿Pretendes sublevar á mis vasallos?
 De su fé mi cuidado no recela.
 Harto conocen que en obsequio tuyo
 no puedo hacer ya mas, aunque quisiera.
 Ea pues! sobre el cuello de ese toro
 levantad la segur. Vé aquí mi diestra:
 para inmolar la víctima á los dioses,
 la tuya aguardo que me dé la seña.

MÉROPE.

¿Qué voy á hacer? ¡Desventurada! ¡Oh día!
 ¡Oh terrible momento! ¿Conque es fuerza?
 Mas ¡qué veo! Es Cresfonte! él me amenaza
 sangriento, y fiero del altar me arredra.
 ¿Dónde huyo? ¿Dónde estoy? Piedad, mesenios!
 ¡Oh rábía! ¿Y sufriré?...

EGISTO.

POLIDORO.

¡Calla! ya ceba
 en tí el tirano la feroz mirada...

POLIFONTE.

No mas: mi mano por la vez postrera
 te ofrezco ya.

MÉROPE.

La mia... ¡Cielos!

(EGISTO arrebatada de las manos á un sacerdote el
 hacha victimaria, se acerca á POLIFONTE, y lo
 postra en el suelo de un golpe.)

EGISTO.

Muere!

Esta es la mano que mereces, esta!

MÉROPE.

¡Qué veo!

POLIDORO.

¡Qué valor!

EGISTO.

Muere! (Duplica el golpe.)

POLIFONTE.

Soldados!...

Traicion! ¡Yo espiro!

SOLDADOS.

¡Al asesino! ¡Muera!

PUEBLO.

Es nuestro rey, salvémosle.

(*El pueblo acomete á los soldados.*)

MÉROPE.

Lo juro.

Es hijo mio; es vuestro rey.

EGISTO.

Mas cierta

señal os daré yo: lanzas y espadas

esta segur disipará sangrienta.

(*Se arroja en're los combatientes.*)

MÉROPE.

Mesenios, defendedlo.

POLIDORO.

Ya respiro.

Mira la turba del traidor deshecha.

MÉROPE.

Vuelve, hijo mio. ¡Ay triste!

POLIDORO.

Yo le sigo.

¡Oh quien mi brazo juvenil me diera!

Mas moriré por él. Oye, hijo mio:

no así te arrojes tan adentro: deja

que muera en tu lugar.

EGISTO.

Por fin vencimos.

Madre, alégrate ya! ¿Ves cuál se entregan

los soldados del pérfido á la fuga?

Adrasto yace por mi mano en tierra;

y á miles cada instante á protegernos

los ciudadanos al alcázar llegan.

MÉROPE.

Este, mesenios, es el hijo mio.

Cresfonte es este: en su real presencia,

en su voz, su mirar, en su denuedo,

y en mi amor sin igual teneis la prueba.

POLIDORO.

Yo os lo juro, mesenios, por mis canas,

por mi honradez á todos manifiesta,

por la ínclita memoria de Cresfonte,

que mas que rey, fué padre de Mesena,

crédito dad á mi decir seguro.

Yo del cielo salvé su infancia tierna;

yo le eduqué...

EGISTO.

Mesenios, Polifonte

con su sangre, cual veis, el suelo riega.

Yo soy quien le dió muerte; yo que á un tiempo

venganza pude conseguir completa

de mis padres, de mí, de mis hermanos,

y de la dura servidumbre vue tra.

Si me juzgais por esto delincuente,

á vosotros entrego mi cabeza.

Veá como á tierra la segur arrojo

que á tanto me bastó: sin resistencia,

sin armas me teneis: si injustamente

esa sangre he vertido, que se vierta

tambien la mia.

PUEBLO.

El alma generosa

con el semblante de su padre hereda.

MÉROPE.

En él torna á vivir.

PUEBLO.

¡Feliz anuncio!

Este rey debe obedecer Mesena.

POLIDORO.

Y este es digno de serlo. Yo el primero

quiero ser quien le rinda la obediencia.

Todos conmigo arrodillaos.

PUEBLO.

Todos,

todos juramos lealtad eterna.

Justo serás al par y valeroso,

- que no es posible que tu aspecto mienta.
EGISTO. Yo lo prometo ser: si no lo cumplo,
 cual ese vil usurpador perezca.
POLIDORO. ¿Por qué no muero en tan gozoso día?
 ¿Cuándo mas dulce fin tener pudiera?
MÉROPE. Hijo, ven á mi seno. ¡Justos dioses!
 Del alborozo... el pecho se me quiebra.
EGISTO. ¡Madre mia! Su júbilo la ahoga.
 Venid, marchemos á mansion mas quieta.
 Torno, me enios, al momento á daros
 cabal noticia de mi vida entera.
 Sígueme, padre: ruégote que siempre
 por hijo mas que por tu rey me tengas.

FIN DE LA TRAGEDIA.